

delante de la asamblea imperial, presidida por el emperador, que la parte occidental pertenecía a su hermanastro Carlos. Después de esto, fué nuevamente reconocido como emperador, bien que mientras viviera Ludovico Pio debía corresponder a este la dirección del gobierno de todo el imperio. Ludovico, dirigiéndose a sus hijos, les hizo amistosas amonestaciones: recomendó a Lotario que protegiera con sus consejos y con sus actos a su hermano menor, que había sido puesto bajo su amparo; y en cuanto a Carlos, le ordenó que guardara siempre el respeto y consideración debidos a su hermano mayor. Lotario regresó poco después a Italia llevando consigo ricos presentes y la bendición de su padre.

La cuestión era entonces ver si la nueva división sería reconocida por todos. En Aquitania, la mayor parte de la nobleza no quiso renunciar tan fácilmente a la independencia

relativa de que hasta entonces había gozado, y deseaba ver proclamado sucesor de su padre al mayor de los hijos de Pepino; en cambio había un pequeño partido, compuesto de las personas más ricas e influyentes del país, que quería agregar la Aquitania al nuevo reino de Carlos. Para hacer respetar los acuerdos de Worms, Ludovico Pio unido con Carlos reunió un ejército en Chalons-sur-Saone. Luis de Baviera quiso aprovechar naturalmente aquella ocasión en que el anciano emperador estaba ocupado en la parte occidental del imperio. Ciertamente se le ordenó que no saliera de Baviera sin permiso especial; pero él dijo que no obedecería esta orden si no se le garantizaba formalmente su seguridad. En aquel momento también él estaba entretenido en la lucha con los wendos; así es que consideró prudente mostrarse hasta cierto punto sumiso con su padre. Ludovico entonces



Nave del siglo noveno.

Copia de un manuscrito de la época, adornado con miniaturas, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París.

concedió a los que habían tomado parte en la última sublevación del rey de Baviera amnistía completa a condición de que renovaran el juramento de fidelidad.

Entretanto arregló los asuntos de Aquitania a su manera, desposeyendo a su nieto de los derechos que por los usos francos le correspondían. El joven Pepino fué confiado al hermano natural del emperador, el integérrimo obispo Drogo de Metz, el cual se encargó de su educación para el estado eclesiástico a que había sido destinado. Hecho esto, dirigióse Luis hacia el Sudoeste, es decir, hacia las montañas de Auvernia, llevando consigo el ejército reunido en Chalons, al cual se habían agregado Judith y el rey Carlos. Los enemigos se hicieron fuertes en los castillos que se alzaban en la agreste comarca montañosa, que tan fáciles eran de defender y desde los cuales hicieron contra los imperiales la guerra de montaña. Sin embargo, les faltaba unidad de dirección, así es que al presentarse Luis, los señores de los castillos le abrieron las puertas, y la clemencia que con ellos mostró el emperador indujo a otros a seguir el ejemplo. A pesar de todo, la campaña que en Aquitania hizo Luis terminó sin haber conseguido un triunfo decisivo: las fatigas que el ejército sufrió a consecuencia de un otoño calurosísimo bajo el ardiente sol del Sur de Francia, produjeron una terrible enfer-

medad que tomó rápido incremento y que causó muchas víctimas y quitó a los que sobrevivieron toda fuerza para combatir. Al comenzar el invierno, Luis licenció a su ejército, medio disuelto ya, y se estableció en Poitiers, capital de Aquitania.

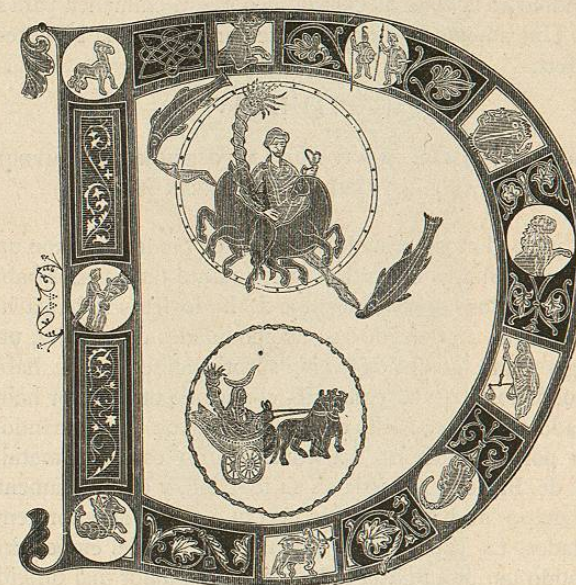
Ya en otro tiempo, otra campaña emprendida en Aquitania a favor de Carlos y cuyo resultado había sido semejante aunque más funesto que el de la que acabamos de describir, había producido una verdadera crisis para el gobierno del emperador Luis. Lo propio sucedió entonces. Luis de Baviera había sabido, con sus manifestaciones evasivas, aplacar la cólera de su padre, logrando de esta suerte conjurar el peligro que le amenazaba; y durante la campaña de su padre en Aquitania, aprovechó bien el tiempo, de modo que en la primavera del año 840 se encontró en condiciones perfectas de poder extender su soberanía por los territorios franco-orientales, que ya de antiguo le habían pertenecido. Su partido había hecho prosélitos hasta en Sajonia. Luis de Baviera pudo, pues, penetrar en Alemania y proseguir su marcha triunfal hasta Francfort, cayendo, por tanto, en su poder las comarcas de la derecha del Rin, cuyos pobladores se le sometieron sin oponer, al parecer, resistencia alguna. Así, mientras Ludovico Pio despojaba a su nieto de territorios y

de vasallos para darlos a su hijo, este perdía, arrebatada por su hermano, la mayor parte del reino que le había sido concedido: con lo cual todo volvía a hacerse cuestionable y hasta pudiera quedar destruida la inteligencia con Lotario. La terrible noticia de los triunfos conseguidos por Luis de Baviera produjo tanta impresión en la corte de Poitiers, cuanto que el estado del emperador hacía temer que su vida tocaba a su término: si fallecía antes de que Carlos viera completamente asegurada su soberanía en los territorios que le habían sido señalados, todos los afanes, todos los trabajos, todos los sufrimientos que Luis y la emperatriz habían arrostrado por amor a su hijo, iban a resultar inútiles. Esto explica la febril agitación con que Ludovico Pio, a pesar de la grave y creciente enfermedad pulmonar que le aquejaba, se apresuró a sofocar la rebelión del bávaro. En aquella ocasión, no respetó tampoco la santidad de la cuaresma, pero el éxito más brillante coronó sus esfuerzos. El anciano emperador dejó una parte de su ejército en Aquitania y se dirigió con el resto hacia el Rin; durante la Pascua, atravesó este río y subiendo por el valle del Lahn avanzó hasta Hesse y la Turingia. Luis de Baviera se quedó tan sorprendido por la enérgica y rápida acción de su padre, que, viendo cortado el camino de Baviera, solo pudo evitar el caer prisionero huyendo por las fronteras orientales al país de los eslavos y comprando a éstos el permiso de dirigirse, por el Sorberland, a Bohemia, desde donde consiguió llegar felizmente a su reino. El emperador triunfante pensó, esta vez, mostrarse en extremo riguroso contra el hijo rebelde, haciéndole perder la Baviera, a cuyo efecto se convocó la asamblea imperial de Worms, que se reunió en esta ciudad en 1.º de junio. La muerte, sin embargo, vino a sorprender a Ludovico Pio en el momento mismo en que se había conseguido el fin que hacía tantos años venía persiguiendo y que tantos fracasos le había ocasionado sin por esto abatirle nunca: la muerte cortó el hilo de su vida cuando creía haber establecido la soberanía de su hijo favorito y haberla asegurado contra ulteriores embates, gracias a la alianza con el imperio de Lotario.

A su regreso de la persecución que en vano intentara contra Luis de Baviera, había llegado el anciano emperador, en el mes de mayo, a Salz, junto al Saale franco. Allí empeoró su salud: el asma y las angustias le atormentaban y el estómago se resistía a todo alimento. Se hizo trasladar en un buque por la corriente del Maine a Francfort y desde allí a una isla del Rin, situada frente a Ingelheim, en cuyas selvas tantas veces había disfrutado los placeres de la caza, haciendo levantar en ella un campamento. La enfermedad le postró en el lecho, y sintiendo que su última hora se acercaba, dirigió al cielo sus oraciones para que precipitara su muerte. Un profundo dolor se había apoderado de su alma: pensaba en el estado de aflicción en que quedaban la Iglesia y el imperio y presentía que a una y otra amenazaban, por su culpa, grandes desgracias. Además, se encontraba absolutamente solo: Judith y Carlos estaban en Aquitania, expuestos a un porvenir incierto, en medio de un país en extremo agitado. ¿Podía esperar que Lotario, que se hallaba en Italia, mantendría el juramento prestado mejor que había mantenido los otros? La proximidad de la muerte no había mitigado el odio que contra Luis de Baviera sentía y a pesar de prepararse devotamente para su última hora, no quería que se le escapara la presa. Diariamente se confesaba con su hermano natural, Drogo, hacia el cual mostraba entonces afecto profundo. Hizo contar su tesoro y dispuso lo que había de darse a la Iglesia, a los pobres, a Lotario y a Carlos; envió a Lotario los atributos de la soberanía, la corona, la espada y el cetro, encargándole que guardara la fidelidad que a Judith y a Carlos había jurado. En todas estas disposiciones de última volun-

ESTADOS DE OCCIDENTE

dad del moribundo emperador, no hubo una sola palabra para Luis. Drogo intercedió por él, pero Ludovico le contestó recordándole todo el mal que por su causa había sufrido: la impresión de los tristes sucesos últimamente acaecidos parecía haber borrado de la mente del emperador el recuerdo de que Luis de Baviera había sido quien le había devuelto la corona y quien le había sacado de la vergonzosa situación en que yacía. Por último, se mostró algo más clemente y con voz casi apagada declaró a los obispos que con Drogo se encontraban alrededor de su lecho, que perdonaba al hijo, que no podía acudir a implorar su perdón, el mal que le había causado, pero que no olvidaran las maldades que habían conducido al padre a la tumba. Completamente desfallecido, pero con la inteligencia clara, vió amanecer el domingo 20 de junio: Drogo celebró la misa junto a su cama y le dió la co-



Inicial adornada con los doce signos del Zodíaco.

Copiada de la Biblia que el conde Vivien, abad seglar del convento de San Martín de Tours, regaló a Carlos II, llamado el Calvo. Consérvase esta obra en la Biblioteca Nacional de París.

munion. El emperador pidió la bendición de los prelatos, encargándoles que hiciesen todas las ceremonias que se usan con los moribundos, durante las cuales exclamó de repente: «¡Fuera, fuera!» luego se iluminaron sus hasta entonces sombrías facciones y sobre su faz sonriente se extendió en seguida la calma de la muerte.

El cadáver de Ludovico Pio fué conducido a Metz y depositado en el convento de San Arnulfo, tronco de la raza de los carolingios, donde descansaban muchos de sus antepasados y su madre la sueca Hildegarda con dos hijas suyas. En aquella iglesia, consagrada en su origen a los Apóstoles y que luego fué bautizada con el nombre de aquel poderoso obispo, cuyos restos fueron allí trasladados desde las soledades de Remiremont, fué enterrado el cuerpo de Luis, encerrado en un antiguo sarcófago cristiano de origen romano dudoso. El sarcófago estaba sostenido por tres leones y adornado de un relieve representando el paso de los israelitas por el mar Rojo y la destrucción del ejército egipcio que los perseguía. Al restaurarse el templo, probablemente no antes del siglo XIII, se esculpió en él la imagen del emperador, de cuerpo entero, con la barba muy poblada, con una corona adornada de piedras preciosas, ricamente vestido, con una capa con ricos broches en el pecho, una franja cubierta de piedras preciosas y el fondo con lilas pintadas. Las tem-

pestades que hubo de sufrir Luis en vida no le dejaron ni aun en la tumba. Cuando en 1552 los franceses ocuparon á Metz y se prepararon, dirigidos por el violento duque de Guisa, á defenderse contra Carlos V, que se apresuró á ir allí, el templo consagrado á San Arnulfo, como todos los de antiquísima construccion que se encontraban fuera de la ciudad, fué arrasado por las necesidades de la defensa, siendo trasladado el sepulcro de Ludovico Pio á un convento que dentro de la ciudad existía bajo la advocacion del mismo santo. El sarcófago fué empotrado en la pared debajo de un dosel sostenido por algunas columnas. De esta suerte parece haberse conservado hasta el tiempo de la Revolucion francesa, en que el furor de destruccion acabó con él como con tantos otros preciosos monumentos de la antigüedad. Entonces el sepulcro fué abierto y el sarcófago vendido á un picapedrero, el cual, viendo que nadie lo compraba, lo rompió, empleándolo en la construccion de una nueva chimenea para su casa. Únicamente un fragmento se conserva en la biblioteca de Metz.

CAPITULO IV

GUERRA CIVIL CON MOTIVO DE LA POSESION DEL IMPERIO Y TRATADOS DE VERDUN Y MEERSEN (840-870)

El poco glorioso reinado de Ludovico Pio terminó con una nueva y profunda crisis. Lo que durante tantos años habia ocupado todos los pensamientos de Ludovico y le habia hecho mostrar, á pesar de las incomodidades de la vejez, una energía y una rapidez de accion sorprendentes, no se habia consolidado, antes al contrario, el anciano emperador habia rodeado á su hijo favorito de nuevos peligros, abandonándole á un porvenir incierto. La Aquitania no estaba sometida; Luis de Baviera persistia en su rebelion, y en el juramento de Lotario no habia que fiar mas que en los anteriormente prestados. La caprichosa y mudable política del emperador, sometido tan pronto á la influencia de un amor mal dirigido como á la de mezquinos odios, pesaba como una maldicion sobre su familia y sobre su imperio. No era de esperar que aquellos á quienes él habia perjudicado respetaran sus disposiciones mas que él mismo las habia respetado.

Mientras Carlos, demasiado jóven para proceder por sí y ante sí, veía con su madre Judith desde Poitiers cómo sus enemigos se levantaban de nuevo en Aquitania, y cómo crecía rápidamente el partido del jóven Pepino, Luis, que poco antes habia regresado á Baviera como fugitivo, avanzó nuevamente hácia el Rin, se apoderó de la importante plaza de Worms y se dirigió otra vez á Sajonia. Lotario, sin cuidarse para nada del juramento prestado ni de las amonestaciones de su padre en la hora de la muerte, formuló sus pretensiones sobre todo el imperio y sobre su plena soberanía, fundándose en que su padre en los últimos momentos habia reconocido como legítima su coronacion de emperador restituyéndole expresamente los derechos que de ella se derivaban. En virtud de esto, muchos consideraron no solo como un derecho sino como un deber de Lotario el oponerse á que continuara por mas tiempo dividido el imperio. El clero especialmente le miraba como el representante de la unidad del imperio, que constituía el supremo deseo de la Iglesia. El pueblo opinaba de la misma manera, y se puso al lado del jóven emperador, cuya soberanía hacia esperar que terminarian las guerras civiles y que se establecería un nuevo estado de cosas fundado en el órden y en el derecho. Los emisarios que Lotario habia enviado al otro lado de los Alpes para recabar el juramento de fidelidad no encontraron resistencia en parte alguna, y cuando Lotario se presentó en los territorios imperiales, todos le prestaron espontánea obediencia.

En Ingelheim vióse rodeado de una suntuosa asamblea de dignatarios eclesiásticos; tambien se presentó allí Ebo de Reims para recobrar su influencia cerca de Lotario y para entrar, al poco tiempo, nuevamente en posesion de su sede arzobispal. La mayor parte de los obispos alemanes, dirigidos por Otgar de Maguncia, se pusieron asimismo de parte de Lotario, y las promesas y las amenazas convencieron á los que en un principio se habian mostrado indecisos.

La causa de Lotario se encontraba, pues, en condiciones muy favorables cuando, despues de apoderarse fácilmente de Worms, atravesó el Rin y se encontró en el territorio de Francfort con su hermano Luis, que se habia apresurado á salirle al encuentro desde Sajonia. Esto no obstante, no se atrevió á presentar una batalla, sino que firmó un armisticio que luego se prolongó hasta el 11 de noviembre. Esta falta de decision le fué funesta. En efecto; Lotario, encaminándose hácia el Oeste, penetró en el territorio de Carlos, donde duraba todavía la lucha contra el jóven Pepino, y se encontró en Orleans frente á frente del ejército de su hermano; pero en vez de trabar combate, firmó con él un tratado, segun el cual hasta fines de mayo, en que los dos hermanos debian reunirse en Attigny para llegar á una nueva inteligencia, Carlos debia permanecer en posesion tranquila de la Aquitania, de la Gotia, de la Provenza y de una gran parte de los territorios que se extendian entre el Sena y el Loira. Lotario se obligó, además, á no hacer hasta aquella fecha armas contra su hermano Luis. Entretanto, Luis conquistó todas las comarcas alemanas, se hizo prestar juramento de fidelidad, sentó sus reales en la misma Sajonia, donde tuvo el apoyo de los monjes del rico monasterio de Corvei, y ocupó despues las plazas fuertes que se alzaban á lo largo del Rin, para impedir que Lotario penetrara en estos territorios. A pesar del armisticio, el emperador, en la primavera del año 841, ordenó á un poderoso ejército, conducido por el conde Adalberto de Metz, el mortal enemigo del rey de Baviera, que avanzara hácia el Rin. Engañando á Luis, pasó el conde este rio y envió emisarios y agentes á todo el territorio que prometieran rica recompensa á los obedientes y severo castigo á los que ofrecieran resistencia, con lo cual consiguió introducir de tal manera la desercion entre los adeptos de Luis, que este vió disolverse de repente su ejército y tuvo que huir de nuevo á Baviera despues de abandonar sus recientes conquistas.

Pero lo que Lotario ganaba por este lado lo perdía en Occidente: la violacion del tratado por parte del emperador devolvió á Carlos toda su libertad de accion, y poniéndose al frente de un poderoso ejército, atravesó el Sena por Ruan, derrotó á las tropas de Lotario que allí se encontraban, apoderóse de Saint-Denis y se extendió por la Champaña de tal manera que por la Pascua se encontraba ya en Troyes. En aquella época Lotario, que habia confiado la defensa de las comarcas alemanas á Adalberto de Metz, se encontraba en el palacio de Aquisgran. Carlos, que podia con perfecto derecho devolverle sus quejas por la violacion del tratado, se presentó oportunamente en Attigny para celebrar la entrevista convenida; pero aguardó en vano la llegada de su hermano mayor. Pronto, sin embargo, recibió allí mensajeros y proposiciones de paz de Luis, á quien contestó suplicándole le enviara prontos auxilios. Luis se puso inmediatamente en marcha hácia el Oeste; al salir de Baviera y penetrar en Suabia encontróse con el conde Adalberto de Metz, que le esperaba en las fronteras de aquellos dos territorios (en Riesgau, sobre el Wernitz) para interceptarle el camino. El día 13 de mayo del año 841 trabóse la batalla, en la cual Luis, á pesar de la inferioridad numérica de sus tropas, salió vencedor, pereciendo en ella el caudillo del ejército enemigo. A mediados de

junio reunióse Luis, en Chalons-sur-Marne, con Carlos, el cual habia ido allí desde Attigny para esperar los refuerzos que su madre le habia de enviar desde Aquitania. Lotario le habia seguido, pero no se atrevió á arrostrar las consecuencias de una batalla. La situacion del emperador era en extremo crítica, á pesar de lo cual rechazó las proposiciones de arreglo que le hacian sus hermanos y se dirigió de nuevo hácia el Sur para aliarse con los adversarios de Carlos, dirigidos por el jóven Pepino, y restablecer de esta suerte el equilibrio de las fuerzas militares. A pesar del cansancio de las tropas alemanas, Luis y Carlos decidieron perseguir al enemigo fugitivo, procurando trabar un combate decisivo antes de que el emperador pudiese hacerse con algunos refuerzos. En efecto, Lotario fué alcanzado en Auxerre, en el alto Yonne; pero habiéndose entablado nuevas negociaciones, consiguió escapar por medio de una marcha repentina encaminándose hácia el Sudoeste en direccion del Loira. Los aliados le siguieron con tanta prontitud que cuando él acampaba en Fontenay, aquellos se encontraban ya en Thury. Lotario estaba seguro de que se le juntarian pronto los refuerzos de Aquitania que, conducidos por el jóven Pepino, avanzaban á marchas forzadas. Los hermanos, teniendo probablemente esto en cuenta, le ofrecieron un arreglo amistoso, y con objeto de entablar las negociaciones se firmó un armisticio que debia durar hasta el 25 de junio. Luis y Carlos propusieron al emperador hacer una nueva division del imperio, prometiendo Luis contentarse con los territorios de la orilla derecha del Rin y Carlos abandonar las comarcas comprendidas entre el bosque de Kohlen y el Mosa. Lotario rechazó las proposiciones, pues lo que él habia querido conseguir con las nuevas negociaciones ya lo habia logrado: en efecto, el día 24 de junio Pepino con sus aquitanos se reunió con el emperador en el campamento de Fontenay.

En la mañana del 25 de junio de 841, los reyes aliados se prepararon para la batalla decisiva, ocupando con una parte de su ejército los cerros situados entre Fontenay y Thury, mientras el grueso de las tropas se extendía al pié. Despues de hacerse una última tentativa de arreglo, comenzó el combate. Una de las alas estaba mandada por Carlos, la otra por su influyente consejero el conde Adalhardo, que tenia enfrente á los aquitanos de Pepino, y en el centro se encontraba Luis para luchar contra Lotario. Este, á pesar de su valor personal, no pudo resistir durante mucho tiempo el impetuoso ataque de las tropas bávaras; además, al ver que la suerte le era adversa, muchos de los suyos abandonaron traidoramente sus puestos, viéndose en definitiva envuelto él mismo en la corriente de los fugitivos. Entretanto, Carlos habia derrotado tambien á sus adversarios. La lucha continuó únicamente en la otra ala, donde Adalhardo se veía puesto en grave aprieto por Pepino y los aquitanos. Entonces Carlos envió á su auxilio á su tío Nithardo, hijo de Angilberto, con cuyo refuerzo fueron los aquitanos derrotados. Al medio día quedaba decidida la victoria en favor de los dos hermanos, cuyas tropas persiguieron á los fugitivos hasta el rio, haciendo gran matanza en ellos, y apoderándose del campamento de Lotario y de Pepino y del rico botín que contenía. Los perseguidores entonces se detuvieron, conmovidos al ver el campo de batalla cubierto de cadáveres y los torrentes y riachuelos coloreados por la sangre derramada. El ejército de Lotario habia sido completamente aniquilado. Aun cuando puede aparecer exagerada la cifra de 40,000 muertos que, segun se dice, tuvo el ejército del emperador, es indudable que los contemporáneos se apartaron con horror de los asesinatos que los súbditos de un mismo imperio habian cometido entre sí en el campo de batalla de Fontenay, pues lo que hacia mas terrible aquella jornada de horrores era que

no habian luchado extranjeros entre sí, sino hermanos, compañeros de un mismo pueblo, individuos de una misma raza que se habian asesinado mutuamente con furor salvaje. Aquitanos habian luchado en uno y otro lado; el encarnizamiento con que en aquella parte del campo de batalla se habia luchado, fué causa de que la nobleza aquitana y sus soldados sufrieran sensibles pérdidas. La jornada de Fontenay fué especialmente funesta para la parte romana del pueblo franco, pues su gente habia formado el núcleo de los ejércitos de Carlos y de Lotario, al paso que los guerreros alemanes de Luis solo pudieron herir á muy contados compatriotas suyos en las filas enemigas. Esta circunstancia era altamente importante bajo otro punto de vista: el último acto sangriento de la guerra civil se presentaba como una lucha entre el elemento romano y el germánico que coexistían en



Guerreros francos del siglo IX.
Copia de un manuscrito ilustrado con miniaturas

el seno del imperio carolingio; y como aquella derrota sin ejemplo habia quebrantado por mucho tiempo las fuerzas del primero, la decision del porvenir del imperio quedaba en manos de los alemanes, con lo cual ganaron mucha fuerza las pretensiones de Luis de Baviera. Por de pronto, despues de la batalla de Fontenay no habia que pensar en desmembrar los territorios alemanes dividiéndolos del modo que hasta entonces se habia deseado. Además, en Fontenay quedó decidida la suerte del imperio. La unidad tal como habia querido conseguirla Lotario, parte por la fuerza, parte por los artificios de una política innoble, era insostenible y habia que renunciar á ella. Únicamente una division del imperio hecha sobre la base de una afinidad mayor ó menor entre las razas en él reunidas, podia restablecer la paz en el seno de la familia soberana y en el imperio y evitar que se reprodujera la matanza de Fontenay.

La victoria de Fontenay fué considerada como una sentencia de Dios, tal como habia deseado el vencedor, y como tal la proclamaron los obispos que figuraban en el partido de Carlos y de Luis, diciendo que aquel triunfo habia sido conseguido con intencion pura y sin mira alguna egoísta, y declarándolo meritorio y laudable, á fin de desvanecer todo remordimiento en el ánimo del vencedor. Los contrarios